

Bufones de la fortuna.  
TITO.  
Bufones de la fortuna, bufones de la fortuna.  
FLORA, SALOMÉ.  
Si todo lo tomamos, si todo lo tomamos.  
TITO.  
Si todo lo tomamos,  
si todo lo tomamos.  
LOSTRES.  
Muy en serio,  
si todo lo tomamos muy en serio.  
Si solamente arde la esperanza  
todo ha de terminar bien, seguro.

La-la-lá, la-la-lí (III, 11, pp. 102, 103).

Queda preguntarnos, en vistas de esta importante contribución a la instauración del nombre de Nestroy en la serie de los grandes satíricos de la literatura en lengua alemana, si la escena teatral de habla hispana sabrá aprovechar este texto, si será capaz de investigar sus recursos y posibilidades escénicas, si podrá, en suma, entablar con ella un diálogo desde nuestro presente, siempre que pueda soportar su burla inclemente.

Juan LÁZARO REARTE

ZWEIG, Stefan: *Confusión de sentimientos. Apuntes personales del consejero privado R. v. D.* Trad. de Joan Fontcuberta. Barcelona: Acanalado 2014. 112 pp.

Tras sucesivas ediciones en Latinoamérica y en nuestro país, nos llega una nueva traducción de *Verwirrung der Gefühle*, novela corta de 1926 que Acanalado ya había incluido en la antología de Stefan Zweig aparecida en 2012. Esta edición por separado no sólo permite una apreciación más detenida sino que ahorra al lector la tentación de buscar relaciones entre textos muy distintos como sucede cuando ciertas obras breves se incluyen en compilaciones. *Confusión de sentimientos* alberga en diverso grado motivos típicos de la literatura zweigiana. Pero si merece leerse con atención es tanto por la habilidad narrativa que despliega su autor como, sobre todo, por la tupida red de conexiones que establece entre el tema de la historia (*el deseo de conocer*), el entorno en que se desarrolla (*la universidad alemana*) y la tesis del relato (*lo esencial es textualmente inapresable*). Una red de reenvíos que el lector siente próximos gracias a la insistencia de Zweig en subrayar el torbellino de emociones que los sucesos despiertan en el narrador y que, de alguna forma, impregnan tema (*el deseo de conocer es un tipo de sentimiento*), entorno (*la Universidad sólo es tal en la discusión entusiasta*) y tesis (*lo esencial no se puede comprender sin conmoción*).

### Un férreo armazón argumental

La competencia narradora de Zweig es ampliamente reconocida. Con todo, pocas veces se subraya su sabiduría a la hora de ordenar sus mejores relatos. Esta desatención quizá se deba a la transparencia y relativa linealidad de sus argumentos, pero el caso es que si algo destaca de *Confusión de sentimientos* es la maestría en el diseño narrativo que Zweig exhibe a lo largo de una historia que comienza como una adenda biográfica de un profesor de filología consagrado; que avanza con fuerza gracias al recuerdo de distintos encuentros que conmocionaron al narrador; y que mantiene el interés del lector tanto por las alusiones cultas a la obra de Shakespeare como, fundamentalmente, por la figura del maestro, cuyo misterio Zweig disemina con destreza a lo largo de la trama hasta desembocar en un final de revelación tan (relativamente) sorprendente como (intensamente) conmovedor.

La novela, como reza el subtítulo, se presenta como unas “notas personales” que el narrador –cuyo nombre, Rohland, sabemos de casualidad y cuando el relato ha dado varios giros– quiere añadir al libro de homenaje que sus colegas han editado por su sesenta cumpleaños y sus tres décadas de docencia universitaria. El motivo de tal empeño nos lo cuenta él mismo: todo en ese libro es verídico pero “falta lo esencial. Me describe, pero no me expone. Habla simplemente de mí, pero no revela quién soy” (p. 4) ni expresa de dónde vino la inspiración para dedicarse a lo intelectual. Surgirá así esta especie de confesión, vibrante, y dedicada a otro profesor, “que decidió mi destino [...] me dio el lenguaje y con cuyo aliento hablo” (p. 4).

El primer acto del relato de Rohland no puede distar más tanto de su situación presente como de su biografía *oficial*. Esta parte, de hecho, juega con distintos contrastes: la gran ciudad y la provincia, la Universidad y el colegio, la acción y la contemplación, lo material y lo espiritual. El narrador se presenta a sí mismo como un filólogo hoy reputado que, de joven, odiaba las letras y que acudió a Berlín para estudiar filología inglesa básicamente por rechazo a su padre, un rígido director de instituto empeñado en que estudiara a los clásicos. Criado en el ambiente pequeñoburgués y protestante del norte de Alemania, Rohland experimentará en su primer encuentro con la Universidad un contraste muy acentuado con la gran ciudad, que Zweig describe con desparpajo. Así, mientras la Universidad sólo ofrece una repetición del colegio pero más pedante, la ciudad en cambio es como una “mujer gigantesca” donde Rohland descubre la propia virilidad, el ritmo, la aventura, el sexo y, en definitiva, la libertad (pp. 9-10).

A este comportamiento libertino pondrá fin una inesperada (y embarazosa) visita del padre, que aconseja a Rohland proseguir sus estudios en una universidad de provincias. El modo en que Zweig dibuja la llegada a la nueva *alma mater* es, sencillamente, magistral, pues el narrador encuentra *en* la Universidad la vida y energía que había descubierto en la ciudad. Y lo hará en la figura de un catedrático de filología inglesa excepcional, a quien Rohland descubre no “dictando” clase sino en una discusión de seminario, el tradicional método pedagógico de la universidad alemana que tanto fascinó a García Morente, un lugar –escribía en 1914–

donde “no hay lección ni conferencia: hay trabajo directo, hay discusión, hay diálogo” y donde pueden discutir “profesor y alumno sobre el sentido de un concepto o el alcance histórico de una doctrina”. Análogamente, el profesor que Rohland encuentra aparece dando un discurso improvisado, reunido de modo informal con los alumnos y, además, maneja la palabra como si fuera un lazo que envuelve, gesticula como un director de orquesta y habla con entusiasmo y arrebató, como en un *raptus* (p. 18). La descripción del momento aúna tanto la presentación del profesor como el tema sobre el que diserta, una reflexión en voz alta sobre si Shakespeare es un fenómeno extraordinario o –como él cree– la máxima expresión de una generación en forma y de una época apasionada. Una reflexión que fascina, a la vez, al profesor y al narrador, que “nunca había visto nada parecido, un discurso que era un éxtasis, la pasión de una charla como fenómeno elemental, y lo inesperado del hecho me obligó a acercarme como impulsado por un tirón irresistible” (p. 18). Y, podríamos añadir, fascina también al lector, que asiste en primera fila al milagro de la transmisión que acontece cuando un estudiante percibe a alguien como poseído por aquello que enseña y, en ese instante, establece un diálogo con una pasión, en feliz expresión de George Steiner. De esta manera, si en el arranque dominaban las antítesis, en la conclusión del primer acto lector y narrador vislumbran una posibilidad de síntesis.

Animado por la confianza que el profesor le dispensa al terminar el seminario, Rohland pedirá su ayuda y pasará a trabajar con él. El tramo central del relato abarca la difícil convivencia entre estos dos hombres, a medio camino entre la fascinación del discípulo y la distancia del maestro. Metamorfoseado por la clase del profesor, Rohland descubre “una nueva pasión que me ha sido fiel hasta hoy: el placer de disfrutar de todo lo terrenal en la palabra inspirada” (p. 26). Verdaderamente, ahora *desea* saber. Esta unión espiritual profesor-alumno sólo la interrumpe la esposa del primero, que aparece llamando a algo tan ordinario como cenar (p. 33). La distancia percibida entre cónyuges y la inexplicable soledad que rodea al profesor moverán a Rohland a querer saber más de la vida “terrenal” de su maestro. “En su esquiva mirada, que avanzaba ardiente para después retroceder medrosa, yo adivinaba algo escondido; lo notaba en los pliegues amargos de los labios de su mujer, en la fría reserva de las gentes en la ciudad que miraban casi indignadas cuando alguien hablaba bien de él, en cien cosas extrañas y repentinos trastornos” (p. 47), como las escapadas repentinas del profesor o la aprensión con que en la universidad tratan a Rohland cuando saben que pasa casi todo su tiempo ayudando al maestro a escribir su gran obra (pp. 54-55).

Este segundo acto concluye cuando el profesor, contento y en paz al dar por terminada la primera parte de la obra, derrocha gratitud en el discípulo... que la recibe con desconcierto pues, si bien anhelaba la confianza del maestro, el que se la negara durante tanto tiempo sólo acrecienta la confusión de sentimientos al ser ahora tratado fraternalmente y de *tú* por el profesor (pp. 65-67). Una imposibilidad de encontrarse al mismo nivel resumida en la antítesis que Zweig pone en boca de Rohland cuando este cuenta a la esposa como *odiaba con amor y amaba con odio* al profesor (p. 76), que le rechaza, le persigue y le atrae de nuevo mientras le trata

con dureza sin motivo ni razón. Dolorido y desorientado, Rohland terminará acosándose con la esposa, más por hacer daño al profesor que por amor, lo que suma una nueva confusión a sus sentimientos (*atracción erótica, vergüenza por el engaño*).

El tercer acto pivota sobre el último encuentro entre maestro y discípulo. En la habitación donde habían trabajado juntos durante semanas, el profesor se disculpa por no haber sido más amable y grato y explica sus razones. Una explicación inesperada, que da sentido al resto de la trama y permite “rellenar” los huecos dejados por Zweig. Los comentarios sobre este libro tienden a evitar hablar de la revelación final –que el telefilm francés de 1981 convirtió en principal motivo promocional–, pero lo cierto es que quizá ahí resida la causa de por qué se ha reeditado tantas veces. Y es que si el profesor trató a Rohland con aspereza es *porque le ama* (p. 92). A esa admisión, seguirá una confesión de su vida, el bloque más conmovedor de la novela, que el profesor relata con la luz apagada y que arranca cuando, adolescente, descubre su orientación sexual y esta es recibida con rechazo, burla y exclusión de la camaradería de sus compañeros. De joven, estudia durante el día y de noche satisface su inclinación reprimida en el submundo urbano, pero siempre con miedo y expuesto al chantaje. Pasados los treinta, el matrimonio parece devolverle al “camino recto”, pero eso sólo retiene la pasión, no la borra. Su cargo como profesor titular añade más tormento, sobre todo por su éxito entre los estudiantes, que “felices cuando su mano [...] los roza en un gesto jovial, prodigan su entusiasmo a alguien que constantemente debe contenerse frente a ellos” (p. 99). Ante este “suplicio de Tántalo” –el hijo de Zeus castigado a pasar hambre y sed en el Tártaro a pesar de tener agua y fruta a su alcance–, el profesor busca de nuevo el afecto entre marginados, pero le roban, humillan y extorsionan, y se esparcen los rumores sobre su reincidente inclinación. Cansado de tanta decepción, se había dado por vencido, pero entonces surgió Rohland y, con él, la esperanza de tener un amigo y poder experimentar el afecto puro de un joven. Encendiendo la luz, el profesor concluye su relato, besa a Rohland y se despiden. Nunca más se verán, pero el discípulo guardará para siempre una deuda de gratitud.

### **Del deseo de conocer al deseo de comprender**

La historia es excelente, pero lo que quizá eleva el texto por encima de otros similares es el contexto en el que se sitúa, la Universidad y, más concretamente, la universidad alemana. Contra el modelo técnico y populista napoleónico, como es sabido, los reformadores alemanes intentaron recuperar la universidad “original” fortaleciendo la investigación vía seminario y laboratorio, lo que generaría un modelo más elitista. Pero el ideal consistía en que incluso el alumno medio conservase una simpatía atenta, una comprensión discreta y un respeto por la ciencia, la cultura y el progreso. Por eso, concluía García Morente, “de la Universidad alemana se saca, por lo menos, una sensibilidad adecuada para las cosas del espíritu”. Y seguramente sea esta sensibilidad lo que mejor defina la esencia universitaria *en todo tiempo*. Al fin y al cabo, si por algo existe y sigue existiendo la Universidad es porque responde al deseo y gusto natural por el saber que ya Aristóteles detectó como una de las notas esenciales del ser humano en la famosa apertura de su *Me-*

*tafísica* y que, de algún modo, nos convierte a todos en *philosophos* o amantes de la sabiduría.

Este amor al saber –el gran tema de la novela– es lo que, literalmente, despierta al profesor en un estudiante joven y disperso. En el libro, dicho amor aparece en su dimensión más pasional y –contrario a la concepción tradicional y moderna– como un tipo de sentimiento, algo más propio de la esfera afectiva que de la intelectual. En parte, esto estaba en Aristóteles (en ese inicio de la *Metafísica* ya se habla de “quedarse maravillado”, “extrañeza” o “sentirse perplejo”). Pero sólo tras la recuperación de la afectividad llevada a cabo por distintos pensadores del siglo XX hemos podido admitir que *sentimientos epistémicos* como la duda, la convicción, la curiosidad o el asombro operan como motores de la investigación, en tanto fracturan nuestras suposiciones, suscitan preguntas y obligan a buscar respuestas, como resume Pérez Ransanz. De hecho, Rohland se percata de la extraña vida personal del profesor sólo cuando intuye de fondo un sufrimiento latente pero mucho más real que las formas de sufrimiento asociadas a la mezquindad, la envidia y la codicia, las únicas de las que él, pequeñoburgués, tenía noticia. Pero sólo intuye ese sufrimiento –y siente la necesidad de desvelarlo– por la confusión de sentimientos que desencadena el trato con su maestro.

Admitir la injerencia de la afectividad en los procesos de conocimiento no implica restar gravedad a estos últimos sino sólo reconocer que es la misma persona la que, a la vez, siente y piensa. Para dar vida a esta intuición, Zweig busca la confusión *también* en el lector, enfrentando la personalidad titánica que emerge en el seminario de filología inglesa con los bruscos cambios de humor fuera de esa circunstancia. Lo que realiza aún más si cabe la revelación final, un desenlace que el lector de 2014 está más acostumbrado a encontrar en relatos literarios, cinematográficos o televisivos, pero que es fácil imaginar que pudiera causar cierto escándalo en 1926. No obstante, pienso que Zweig no buscaba la provocación, sino más bien la compasión que produce saber de un ser apasionado forzado a buscar amor sucio en esquinas y bajos fondos: “él conocía las insolentes exigencias de los jóvenes maquillados que frecuentaban los paseos, la dulzona familiaridad de los aprendices de peluquero demasiado perfumados, las risas nerviosas y ahogadas de los travestís en sus ropas de mujer, la furiosa codicia de los actores sin trabajo, la burda ternura de los marineros mascadores de tabaco: todas esas formas torcidas, intimidadas, invertidas y fantásticas en las que el sexo extraviado se busca y se reconoce en los márgenes más bajos de las ciudades” (p. 100). Por eso, más que un aumento de conocimiento, lo que esta revelación otorga a Rohland es una ganancia en comprensión, adquirida al descubrir la lucha del profesor por mantenerle a distancia “pues precisamente de mí, a quien amaba con un amor puro, él no quería recibir desdén ni repulsión [...]. Y temblando, emocionado, agitado como en un arrebato de fiebre, derritiéndome en compasión, comprendí hasta qué punto había sufrido por mi causa, con qué heroicidad se había dominado” (p. 103).

El conocer, en cierta manera, tiene final pero, justo ahí, comienza la comprensión, un tipo de conocimiento más inabarcable. Llegado un punto del relato, del gusto por conocer surge un deseo de algo más que pura información o saber acu-

mulado: hay en Rohland un deseo de una experiencia, de trascender lo externo, lo oficial, lo esperado. El protagonista de *Confusión* había tenido un anticipo de esto en la conmoción ante la visita de su padre, quien, pese a avergonzarse de su hijo por desperdiciar el tiempo, no le abronca, adquiriendo de pronto una humanidad palpitante –al igual que el marido de la mujer infiel en *Angst* (1920), a quien Zweig humaniza hasta convertir en una figura cálida y admirable. “Fue la única conversación verdadera que mantuve con mi padre [...] estaba convencido, dijo a modo de consuelo, de que en adelante recuperaría con entusiasmo el tiempo perdido. Su confianza me conmovió; en ese preciso instante sentí cuán injusto había sido a lo largo de mi juventud con aquel anciano parapetado tras de un frío formalismo” (p. 15), dirá Rohland.

La comprensión, decía Hannah Arendt, implica enfrentarse a la realidad y reconciliarse con ella, en particular con el sufrimiento, cuyo afrontamiento engendra sentido y vínculo con el otro. No es casual que la ganancia en comprensión de Rohland tenga que ver con esto, pero sí resulta llamativo que Zweig –tan dado a la exploración de grandes personajes y creadores– profundice en algo más humano que el genio como es el sufrimiento. Hay aquí una sutil tesis antropológica, a saber, que *la humanidad se revela más en el dolor que en la genialidad*, una humanidad doliente que el drama y la poesía apenas rozan, pues el verdadero drama de la vida habita en el fondo (p. 95). Pero –aunque oculto– es algo que *pide ser conocido*. Que esta idea se desprenda a propósito de la historia de un homosexual torturado y atemorizado no es un matiz secundario: desviado o no, retorcido o no, descaminado o no, el homosexual sigue siendo un humano que sufre y comparte el mismo anhelo de felicidad que el resto. Ese es el hecho, y Zweig no le resta un ápice de dramatismo. Las causas y remedios de ese sufrimiento –objeto de un debate antiguamente científico, hoy cultural y político– exceden ampliamente el objeto de esta reseña.

Juan Pablo SERRA